
EL LIBRO VEHICULO DE TRANSMISION DE FENOMENOS CULTURALES

Nelly Acevedo González*

Las significaciones, valores y normas puras son inmateriales, intemporales e inespaciales; por consiguiente, no pueden transmitirse directamente de una mente a otra excepto en los casos de transmisión telepática o extrasensorial.

Se necesita entonces de un vehículo que materialice, objeque y socialice las significaciones puras; de lo contrario, estas significaciones son inaccesibles para las otras personas, y se extinguen con la muerte de sus autores.

Todo lenguaje oral o escrito, los gestos y pantomimas, la música, la pintura, la escultura, los instrumentos, las herramientas, las máquinas, los monumentos, los caminos, en resumen, todos los fenómenos materiales que son el resultado de la interacción de los seres humanos son vehículos de transmisión de los fenómenos socioculturales.

Estos vehículos podrían ser:

- Sonoros por ej. el habla, la música
- Luminosos o cromáticos por ej. el libro
- Pantomimicos por ej. gestos y movimientos.
- Térmicos se usa la energía y el calor
- Mecánicos por ej. golpear, pinchar.

El lenguaje escrito (letras, jeroglíficos escritura, cuneiforme, signos primitivos y símbolos convencionales) constituye uno de los vehículos más comunes en la transmisión de significaciones y valores.

El libro se destaca como la forma más difundida hasta la fecha para transmitir los pensamientos y sentimientos del autor al lector. Las bibliotecas llegan a ser entonces como grandes centrales telefónicas en donde se ponen en contacto los lectores con los autores en una conversación silenciosa cargada de rechazo admiración o duda.

Ante el acoso de la técnica hay quienes profetizan el fin del libro y su reemplazo por el CD ROM, el medio magnético y las comunicaciones por satélite. No dudamos de que en aras de una comunicación actualizada necesaria para el avance de la ciencia, resulte imperativo acceder a este tipo de «libro».

Pero ¿Dónde queda la fetichización del libro? Llegaremos a leer a Rulfo, a Cortázar al quijote para no extendernos en la fría pantalla de un computador con el mismo placer con que lo hacemos tomando el libro en nuestras manos, rayándolo e ilustrándolo a nuestro antojo, haciendo anotaciones y llamadas hasta convertirlo en un valor autónomo, «mi libro»?

Los libros de ficción no merecen tal suerte. Su condición de trágicos, soñadores y evocadores debería preservarlos de la técnica fría y devastadora del computador.

Que el libro técnico se «modernice» pero que la poesía, la novela y el cuento, el teatro y el drama, el cuento infantil y sus congéneres continúen como conductores cromáticos redimiendo nuestra existencia del pantallazo fugaz.